COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS,

LA FIEL PASTORCITA Y TIRANO DEL CASTILLO.

12

POR FERMIN DEL REY.

REPRESENTADA POR LA CONPAÑIA DE MARTINEZ

EN ESTE PRESENTE AÑO DE 1791.

PERSONAGES.	ACTORES.
Roberto, Tirano del Castillo de Grod.	Josef Huerta.
Ergasto, Pastor, su hermano.	Juan Ramos.
Rosmiro, Pastor anciano.	Vicente Garcia.
Gismundo, Alcayde del Castillo.	Francisco Lopez.
Irene. Pastoras.	La Sra. Maria del Rosario.
Cefisa. Pastoras.	La Sra. Manuela Munteis.
Melania. Pastoras.	La Sra. Vicenta Ferrer.
Silvio, Pastor.	Miguel Garrido.
Pastores y Pastoras, Villanos, y Soldados.	

Se finge la Scena en los términos del Castillo de Grod en el Palatinado de Siveria.

ACTO PRIMERO.

Selva con dos colinas, una detras de otra, por entre las quales se dexa ver un rio; sobre la superior y mas lejana habrá un Castillo con su cerca ó muralla baxa, ha de tener su puente levadizo por donde se pasa el rio, llegando á hacer pie sobre la colina de delante. Salen por entre los bastidores Silvio, Cefisa y Zagales cantando y baylando. Dentro Ergasto, é Irene con su cordero blanco en brazos.

Cant. CAntemos, Pastores,
amantes requiebros
á Irene que al dia
duplica reflejos.
Parleras las aves,
acordes los vientos,
sonoras las fuentes
alternen los ecos,
diciendo que viva
por siglos eternos.
Cef. ¿Ves como te festejamos
mientras de esos vericuetos
vuelve tu padre?
Iren. Lo estimo.

¿Mas quién os ha enseñado esos
disparates que cantais?

Silv. Ergasto, que es muy discreto,
y los escribe con tinta
como qualesquiera ingenio.

Iren. Todo lo que haces me gusta,
Ergasto, mas yo no entiendo
por qué ni cómo.

Silv. Así dicen
las muchachas de mi pueblo,
sin saber como, ni quando,
saben lo que no sabemos

Erg. Así supiera enseñarte
á entender lo que te quiero.

Iren. Eso ya lo sé, pero ahora
no es ocasion de saberlo.

Cef. Parece tonta la niña.

Iren. Voy á llevar mi cordero
á pacer al otro lado
del rio.

Cef. Mientras es tiempo
de ir cada uno á sus tareas,
todos te acompañaremos.

Silv. Dice bien Cefisa, vamos
todos alegres, diciendo...

Cant. Cantemos Pastores, &c. *vanse.*

Baxan el puente levadizo, salen por la puerta, y descienden al tablado Roberto, trayendo vielentamente de un brazo á Gismundo y Melania.

Rob. Sí, yo he de hablar hoy á Irene.

Gism. Pero señor, á qué efecto.

Rob. Jamas le doy á un villano
razon de mis pensamientos.

Gism. ¿Cómo villano? Yo soy
el que á cargo mio tengo
vuestro castillo.

Rob. ¿Y qué importa?
ver á Irene es lo que quiero.

Mel. Ya os la llevé á que la vierais
una vez, por sus consejos.

Rob. ¿Y ahora quién habla contigo?

Mel. Yo hablé con el padre vuestro,
y con los iguales suyos
en la Ciudad algun tiempo,
y gustaban de escucharme,
tal vez serás mas que ellos.

Rob. Dexemos vachillerias
que aquí no son de provecho.
Me ponderasteis á Irene
(de quien ni por pensamiento
me acordaba) quando vine
á cazar á estos desiertos.
La ví, me agradó su rostro,
quise recatar mi incendio
entonces, y ahora he venido
solo á verla; y porque necios
embarazos no se opongan
á mis tenaces deseos,
vosotros habeis de ser
los que me la lleveis dentro
del castillo.

Mel. Ay que no es nada.

Gism. ¿Y cómo hemos de hacer eso?

Rob. Determinaos, ó os envio
de un puntapie á los infiernos.

Gism. Despacio.

Mel. Es capaz de todo.

Gism. ¿Mas cómo es posible? Pierdo
el tiempo en pensar arbitrios.

Rob. Yo la paciencia y el tiempo:
discurrid y executadlo
baxo qualesquier pretexto,
que aunque pudiera cumplir
públicamente mi intento
no quiero que me censuren
de tirano los groseros
moradores de estas breñas.

Mel. ¿De quando acá tan modesto?

Gism. Señor, si lograsteis ver
á Irene hermosa, para ello
fue menester engañarla,
é hice mal, lo confieso.
La persuadí á que vos erais
el Secretario del dueño
del castillo de Grod, mas
no entendió que erais vos mesmo,
ni despues jamas lo supo.

Rob. Bien. Ahora puede saberlo.

Mel. Si pudiera componerse
el asunto sin estruendo.
Mirad, el padre de Irene
fue á la Ciudad, y aun no ha vuelto.
¿Quién sabe lo que podrá
detenerse? En este tiempo
pudiera ser... Todo lo hacen

qua-

quatro dias mas ó menos.
Rob. Mejor serian quatro años.
El campo me causa tedio,
me enfada y no me divierte,
hoy mi persona está haciendo
falta en Cracovia á la Dieta:
ademas de que no quiero
tener con ningun villano
atenciones, ni respetos.
¿Y qué me importa que el padre
de Irene esté cerca ó lejos?
¿Debe un villano dar leyes
á su legítimo dueño?
Sepa que su hija me gusta,
y quedará satisfecho.
Mel. ¿Quién él? como os quiere tanto.
Rob. ¿A mí? ¿pues yo qué le he hecho?
Mel. ¿Yo no lo sé? pero sé
que os aborrece en extremo.
Dice que hicisteis matar
á vuestro hermano pequeño
por usurparle el castillo
de Grod, que en su testamento
le dexó su madre, que era
segunda esposa de vuestro
padre, y con este motivo
os hace odioso en el Pueblo.
Rob. ¿Eso dice? Si mi hermano
falleció en sus años tiernos,
por qué á mi... ¿Mas qué me importa
ese maldiciente viejo?
De Irene me he enamorado:
su padre ni aun mi desprecio
merece, de los demas,
ni me obligo ni me ofendo:
vosotros poned por obra
al instante mis preceptos,
porque nada importa tanto
como quedar yo contento. *vas.*
Gism. ¿Y ahora qué dices, hermana?
Mel. Que es menester complacerlo.
Gism. Tú corrompiste en la Corte
tu corazon segun veo.
Fuiste á Cracovia sin mí,
y en ella permaneciendo
contra mi gusto aprendiste
como se templa el veneno
de la Ciudad con la miel
del campo. Engaña al mas tierno
paladar lo agrio y lo dulce;
pero en fin, yo no lo entiendo,
tú piensa en lo que has de hacer,
porque yo ni salgo ni entro. *vas.*
Mel. Lo que pienso es que si yo
me encontrara en el pellejo
de Irene aun de tanto daño
sabria sacar provecho,
pero ello es fuerza engañarla
para lograr los deseos
del amo, que es una furia,
y bien mirado no es nuevo
dar su mano á una villana
un Polaco Caballero.
Estos amores pudieran
dirixirse á un fin funesto,
demas que si yo amo á Ergasto,
y por Irene le pierdo,
quando á Ergasto pierda á Irene
corresponderá á mi afecto.
Sale Iren. Melania... ¡Oh Dios! viste.
Mel. ¿A quién?
¿Qué buscas con tanto anhelo.
Iren. No le hallo. Pobre de mí.
Mel. ¿Pues qué has perdido?
Iren. Un cordero.
Mel. Yo juzgué que era otra cosa,
¿faltan por estos desiertos?
Mas de trescientos verás
en aquel valle paciendo,
de quien tú eres la heredera,
simple Irene, como en juegos
pueriles pierdes tus horas,
si yo tuviera tu aspecto
en otras cosas pensara
mas pronto que en los corderos.
Iren. Ay que este era muy bonito,
tenia rizado el pelo,
mas candido que la nieve
y mas jugeton que el viento.
Al alba yo le solia
lavar en los arroyuelos,
y le adornaba de flores
la cabecita y el cuello.
Desde al llano á la colina
iba tras de mí corriendo,
si me sentaba en las yerbas

también hacia él lo mesmo,
me miraba, y parecia
sí que me pedia un beso:
algun villano pastor
me le habrá robado, es cierto.
¿Ay tierno amor mio, dónde
estarás, que no te encuentro?
Mel. Cierto que me causan pena
tus inocentes lamentos,
mas un simple animalito
sabrá estimar tus requiebros,
ese afecto has de ponerlo
en quien sea capaz del afecto.
Iren. ¿En quién, Melania?
Mel. En el hombre.
Iren. ¿En el hombre, que es mas fiero
que un toro, mas cauteloso
que una zorra, y mas soberbio
que un leon? No, que mi padre
me ha metido mucho miedo,
donde encontrar un hombre
que corresponda á mi genio,
y que lealtad é inocencia
se compare á mi cordero.
Quantos guian los ganados,
quantos labran el terreno
son intratables.
Mel. Porque
son villanos y groseros,
si vieras los cortesanos
que diferentes son de estos:
¿mas si no haces la experiencia
cómo has de poder saberlo?
Iren. No creas que tal haga,
porque mi padre me ha hecho
temblar con lo que me ha dicho.
Mel. ¿Qué ha dicho?
Iren. Que en qualquier tiempo
la abeja daña las flores,
la humedad á los cimientos
mas fuertes, la hormiga al trigo,
y el hombre á la muger.
Mel. Bueno.
Iren. Y si no mira le prueba.
El paxarito ligero
que pára sobre la liga,
ó siempre se queda preso,
ó dexa en ella las plumas,
pues la muger es lo mesmo,
ó no huye, ó pierde algo. Yo
de estas cosas poco entiendo,
pero mi padre lo dice.
Mel. Qué sabe tu padre de eso.
Quando huyó la tortolilla
de su consorte alhagüeño
mejor florecen las rosas
entre los claveles bellos,
y si la vid no se abraza
del olmo se arruina al hielo.
Iren. Pues porque te desengañes
del mal que nos causan ellos,
yo por un hombre suspiro,
me aflixo, lloro y lamento.
Mel. Por un hombre, ¿y qué hombre es ese?
Iren. El que me hurtó mi cordero.
Mel. ¿Y si es muger? mas no son
todos iguales, yo tengo
noticia de uno que solo
por hablarte dará ciento.
Iren. ¿Quién es? ¿le conozco yo?
¿algun pastor?
Mel. No por cierto,
te acuerdas del Secretario
del Señor.
Iren. ¿Aquel tan serio
que habló conmigo una vez?
Mel. ¿Ola, te acuerdas? Me alegro,
ese ha vuelto para hablaros.
Iren. ¿Y qué quiere decir eso?
Mel. Quiere decir que te quiere.
Iren. Que me quiera desde lejos.
Mel. ¿Por qué?
Iren. ¿Por qué? porque es loco.
Mel. Si es loco, amor le hace serlo.
Si supieras quantas cosas
me ha dicho... ya no me acuerdo,
pero en fin, si tú le hablaras.
Iren. Yo, Melania, no me atrevo.
Mel. Es un hombre como todos.
Iren. Como todos, yo lo creo,
mas yo no soy como todas,
ni se hablar con fundamento.
Mel. Qué importa. A los cortesanos
mas le agradan los hechos
que las palabras.
Iren. ¿Pues yo

qué

qué he de hacer con él?

Mel. Ir luego
al Castillo, presentarte
con el semblante alhagüeño,
y pedir justicia contra
quien te robó tu cordero.

Iren. ¿Y tú crees que él podrá
hacer cosa de provecho?

Mel. Sí.

Iren. Y hallar el corderito.

Mel. Sí, ¿pues qué duda hay en eso?
fulminará la amenaza
de su Señor, y al momento
intimará á los pastores
las cárceles y el destierro.
A tí te hablará sin sombra
de señorío ni imperio,
y tal vez... dirá que te ama.

Iren. Eso es lo que yo no quiero
que diga.

Mel. ¿Con que no quieres
el corderito?

Iren. Sin eso
me le puede dar.

Mel. Muchacha,
en las Cortes es defecto
esa rústica esquivez.

Iren. Y qué por acá tenemos
otra usanza, y tú me has dicho
que los cortesanos diestros
mas que las palabras buscan
en las mugeres los hechos.

Mel. Anda, no tengas temor,
que es muy afable y modesto.

Iren. Bien: yo no sé qué no haria
por recobrar mi cordero.
Pero ¡ah! y si Ergasto lo sabe.

Mel. Y que importa Ergasto.

Iren. Yo eso
no lo sé, pero él no quiere
que hable con algun sugeto
con que... y si Ergasto se enfada,
yo deseo complacerlo,
aunque no entiendo qual sea
la causa de mis deseos.

Mel. ¡Ah picarilla! y dirás
que no los tienes afecto
á los hombres.

Iren. ¿Pues por qué?
¿agradarle en quanto puedo,
y no querer que se aparte
de mí se llama quererlo?

Mel. Yo creo que sí.

Iren. Si siempre
al lado mio le veo
¿no le he de querer bien? somos
amigos desde pequeños,
y como dice mi padre
con el trato va creciendo
la amistad.

Mel. Ve aquí el motivo
de que proceden mis zelos.

Iren. ¿Y cómo he de ir al Castillo
si Ergasto no gusta de ello?

Mel. Por disgustarle, y porque
me ame y te aborrezca quiero
que vayas.

Iren. ¿No me respondes?
voy á decirselo, y vuelvo,
si quiere darme licencia
para ir.

Mel. No me acomoda eso: *ap.*
perderás el corderito
si no aprovechas el tiempo:
¿No habla con todas Ergasto?
¿no hace su gusto en queriendo,
y va sin tí donde quiere?

Iren. Pues yo sin él no me muevo.

Mel. Qué necedad, pero en fin
si quieres hallarle presto,
ve subiendo ácia el Castillo,
que ahora Ergasto ha ido derecho
ácia él, porque el Secretario
le llamó no sé á qué efecto.
Dile lo que determinas,
y él dirá que sí corriendo.
Yo le voy á detener *ap.*
si por ventura le encuentro,
porque no le halle esta tonta,
y se descubra el enredo;
él no se opondrá á que vayas, *á ella.*
porque un amante discreto
debe, quando no los dos,
cerrar un ojo á lo menos. *vase.*

Iren. Voy, pero aquí viene Ergasto,
quiero salirle al encuentro.

Mira, Ergasto...
Sale Erg. Irene mia,
¿tú llorosa, pues qué es esto?
Iren. Ay que he perdido mi bien.
Erg. ¿Tu bien perdiste? no, dueño
mio, aquí está.
Iren. ¿Dónde, dónde?
anda, traemele corriendo.
Erg. Si soy tu bien, aquí estoy.
Iren. Eh... tu no eres mi cordero.
Erg. Yo seré lo que tú quieras
por ser tu bien.
Iren. Lo agredezco,
pero este bien suspirado
que en mi corderito pierdo
en tí no debe de haberle,
pues hasta ahora no le encuentro.
Yo voy adonde él me guia,
yo con él retozo y juego,
yo le beso, yo le abrazo,
y mi padre está contento,
si tú me miras tal vez,
si al oirte hablar me alegro,
ó si me das una flor,
mi padre regaña luego,
con que amarte á tí, y amar
al corderito es diverso,
porque yo no llamo amor
á lo que causa tormento.
Erg. Eso es amor: padecer
con gusto por el objeto
que se ama, y sacrificar
á lo agradable lo acerbo.
Yo quantas mas penas sufro
por tí, mi bien, mas te quiero:
y por tener que ofrecer
á tu amor un culto nuevo,
inventaria imposibles,
atropellaria riesgos.
Por tí pasaria á nado
el Vistula, cuyos hielos
son prisiones de su curso.
Por tí abrazaria el fuego,
mas tú, cruel, no me quieres,
no, tu corazon da exemplos
de dureza á esos peñascos.
Iren. Ay que malos pensamientos:
mira, si no te quisiera
mucho mas que á mi cordero
sin decirte á tí palabra
hubiera ya entrado dentro
del Castillo.
Erg. ¿Para qué?
Iren. Para decirle en secreto
al Señor que le gobierna
el agravio que me han hecho,
que busquen mi corderito,
y que me le vuelvan luego.
Erg. ¡Ay mi bien! no hagas tal cosa.
Iren. ¿No? ¿por qué?
Erg. Yo acá me entiendo,
si el sol te mira me enfada,
de tu misma sombra temo
si te sigue. El Secretario
es hombre.
Iren. ¿Y qué importa eso?
Erg. Puede quanto quiere. Acaso
te detendrá, y... ¿qué sabemos?
Iren. Le diré que tengo prisa.
Erg. El poder hace soberbios,
te detendrá de las manos.
Iren. Le diré que se esté quieto.
Erg. Te hará sentar á su lado,
y verá tu rostro al menos.
Iren. Pues yo le diré que cierre
los ojos.
Erg. Recursos necios,
sabe el cortesano astuto
mas que el labrador mas cuerdo,
sabe que huye la muger
porque la vayan siguiendo,
sabe que niega, y negando
suele conceder. Pero esto
no lo entiendes. Piensa en fin.
Iren. Yo en mi corderito pienso.
Erg. Yo te daré otro mas grande.
Iren. Bien: asi los casaremos.
Erg. ¡Oh simplicidad! ¡oh don
de naturaleza bello,
tú eres el que me enamoras,
y tú causas mi recelo!
Si estuviera aquí tu padre
no irias, te lo prometo,
pero en su ausencia soy
quien impedirtelo debo.
Iren. ¿Y por qué lo has de impedir?

sin

sin tu licencia no quiero
ir al Castillo, mas si
no me la das reñiremos.
Erg. Ve, pues, adonde te guia
un inocente deseo,
mas quiera el Cielo piadoso
que tú y yo no le lloremos:
y mira que si te pierde
algun tirano el respeto,
Irene mia, ya sabes
que te lo advertí primero. *vase.*
Iren. ¿Qué deberá la inocencia
tener de los hombres miedo
quando entre osos y leones
dicen que vive sin riesgo?
El Secretario es un hombre
como los demas; yo creo
que un hombre no es una fiera
por mas que fuere perverso,
podrá decir quanto guste,
¿y qué tenemos con eso?
¿no destroza un edificio
el soplo de qualquier viento?
Soy pastorcita, soy simple,
mas soy muger en efecto.
Sale Rob. Ve aquí á Irene sola.
Iren. Él es.
Rob. A tí te buscaba.
Iren. Vengo
buscandoos.
Rob. Pues de ese modo
estamos los dos de acuerdo,
ven.
Iren. ¿Adonde?
Rob. A mi Castillo.
Iren. Aquí diré lo que quiero.
Rob. Aquí no puedo escucharte.
Iren. Un corderito muy bello
me han robado.
Rob. Compra treinta. *dala un bolsillo.*
Iren. ¿Qué me dais aquí?
Rob. Dinero.
Iren. ¿Y qué he de hacer yo con él?
Rob. Cumplir todos tus desos.
Iren. En mi vida le he tenido,
ni sé lo que es, ni le aprecio. *le arroja.*
Rob. Todo es oro, mirale,
y le apreciarás.
Iren. ¡Qué necio
fue, segun dice mi padre,
quien le sacó de su centro!
porque segun me ha explicado
es el ídolo perverso
de los mortales, peligro
de la virtud, y sendero
para el vicio. Con el oro
en el mundo aparecieron
hurtos, violencias, estragos,
guerras, discordias y excesos.
Y quando incurren los hombres
por él en tantos defectos,
¿qué perderá una doncella
honrada en no conocerlo?
Rob. Perderá el no disfrutar
sus magníficos portentos:
con el oro orlarán piedras
preciosas ese cabello
que ahora una y otra flor ciñe,
fragil despojo del cierzo,
é ilustraria de colores
el iris tus ornamentos:
tu pie, que mal defendido
pisa hoy abrojos severos,
mañana en una carroza
tendrá digno pavimento,
y en lugar del agua pura
que te ofrece el arroyuelo
te dispensarán licores
ya la Borgoña ya el Rheno:
no antes que despierte el sol
saldras del pagizo lecho,
sí de las sedas persianas
y de los indianos lienzos,
que en colchas y cortinajes
pudo esmerar el ingenio,
estos prodigios del oro
á tu perfeccion ofrezco
si mas afable...
Iren. A mi no
me hace fuerza nada de eso.
Pero si refriega el agua
mis labios, ¿para qué quiero
otro licor que se suba
á predicar á los sesos?
Si hieren mis pies abrojos
del campo, para eso tengo

libre el corazon de espinas
que aguza el remordimiento:
si adornan frágiles flores
mis vestidos y cabellos,
voy menos rica, mas voy
mas honesta por lo menos.
Y en fin, por todo ese brillo
mi felicidad no trueco,
y será mayor si haceis
que me vuelvan mi cordero.

Rob. ¿Qué cordero dices?

Iren. Uno
que me han robado, y sabiendo
Melania que habiais venido,
me dixo que el mejor medio
de hacer que pareciese era
informaros del suceso.

Rob. Si Melania te lo ha dicho
bien la puedes creer: (lo entiendo)
justamente me ha vendido
poco tiempo ha uno muy bello,
te le daré si es el tuyo;
mas ve tú á reconocerlo, (*Gism.*
ve... Pero Gismundo viene: *sale*
ten, que darle la orden quiero
de que te le restituya.

Iren. Me iré con él, segun eso.

Rob. Sí: escucha tú, quando Irene
la colina haya traspuesto, *ap.*
sin que llegue á percibirlo
haz levar el puente luego,
que yo por la puerta oculta
que el rio encubre iré presto,
vadeando acaballo el rio.

Gism. Ven, que vas por el cordero
á dar en manos del lobo. *ap.*

Rob. ¿A qué aguardas?

Iren. Voy corriendo:
si recobro el corderito,
por vos le he de dar dos besos.

Va subiendo Irene y Gismundo por la colina, y luego que entran al Castillo levan el puente.

Rob. Ve, que jamas fue dichoso
quien no tuvo atrevimiento.

Sale Silvio con un corderito blanco en brazos.

Silv. Mira, Irene, ¿dónde vas?
ven, que aquí está tu cordero.

Rob. Eh, villano, ¿qué das voces?
márchate de aquí, ó te estrello
de un puntapié.

Silv. Ay, señor mio,
¿pues yo qué daño le he hecho?

Rob. Ya te digo que te marches:
entre la ira crece el fuego
de amor. Si no logra huirme
me ha de armar á su despecho. *vase.*

Silv. El tal cortesano tiene
buenos modales por cierto.
¿Mas dónde va esta muchacha?

Sale Cefisa. Silvio, ¿qué haces ahi sus-

Silv. Qué sé yo. (penso?

Cef. Ay qué corderito
tan hermoso.

Silv. Cepos quedos.

Cef. Ay que es el de Irene.

Silv. Pues.

Cef. Dámele, que voy corriendo
á llevársele y á que
me pague el hallazgo.

Silv. Eso
tambien lo puedo hacer yo.

Cef. Dámelo tontazo.

Silv. Luego.

Cef. ¿No quieres dármele?

Silv. No.

Cef. Me enfadaré.

Silv. Buen remedio.

Cef. ¿Qué apuestas que me le das,
y que si yo no le quiero
me ruegas con él?

Silv. ¿Cefisa,
quieres creer que no lo creo?

Cef. ¿Y por qué le has de negar
á tu Cefisa el consuelo
de que te quiera?

Silv. ¿Y estotro
qué tiene que ver con eso?

Cef. Que si no haces lo que pido
es fuerza que de tu afecto
viva yo quejosa, y que
te pague en el mismo precio.

Silv. Con que me aborrecerás
si no te doy el cordero.

Cef. Ya se ve que sí: ¿mas cómo te

te podrá dexar mi pecho
de querer? Ay, Silvio mio,
que si me olvidas me muero.
Silv. Pobre muchacha, por Dios
que de oirla me enternezco.
Cef. Qué no haria yo por tí
mas que tú haces, majadero,
por mí.
Silv. Darte el cordero:
llévatele, y buen provecho.
Cef. ¿Yo llevármele? eso no,
si no tienes gusto en ello.
Silv. Si tal, tómale, bobona.
Cef. Ya he dicho que no le quiero.
Le vuelve la espalda.
Silv. Toma, tonta mia.
Cef. Daca. *le toma.*
Silv. ¡Ola, qué de prisa has vuelto!
Cef. Pues si me lo ruegas tanto::-
ves que has tragado el anzuelo,
y vienes á suplicarme
lo mismo que yo deseo.
Silv. Pero ya que hecho por tí
lo que querias, espero::-
vuelve por otra, y verás
como te doy pan de perro.
Cef. ¿A mí tú?
Silv. Yo á tí.
Cef. Anda, bruto.
Silv. Vaya ella.
Cef. Vaya él el puerco. *vase.*
Silv. Ve aquí lo que son mugeres,
bien me decia mi abuelo,
que el darlas gusto ha de ser
sin perjuicio y á su tiempo. *vase.*
Sale Rosmiro, pastor anciano, con su cayado en la mano.
Rosm. Gracias á Dios, ya percibo
la miserable cabaña
que mis secretos encubre.
Presto caerá la arrogancia
del tirano. Ya en Cracovia
se queda viendo mi causa;
mas qué será que no sale
á recibirme, en las alas
de su amor, mi amada Irene.
Sale Cef. Ya que Irene no está en casa
voy á lavar el cordero,
que se le ha puesto la lana
tan sucia::- ¡pero qué miro!
nadie creyó que llegára
su merced tan pronto.
Rosm. Mucho
en un dia se adelanta.
Cef. ¡Como sudais! Aguardad
y os limpiaré el rostro.
Rosm. Aparta
la mano.
Cef. ¿Y por qué, Señor,
hago alguna cosa mala?
Rosm. Solo la sombra del mal
tal vez á la muger daña.
Cef. Vos sois viejo.
Rosm. El hombre viejo,
no obstante es hombre.
Cef. En la traza.
Rosm. La honestidad es cristal
que á un leve soplo se empaña,
nieve expuesta al Sol, y cera
que se derrite á la llama;
pero hablemos de otra cosa.
¿Qué hace Irene?
Cef. Llorando anda
por el corderito blanco
que se perdió en la montaña,
y yo por ir á buscarle
vengo casi derrengada.
Rosm. ¿Y le hallaste?
Cef. Veisle aquí.
Rosm. Mucho te debo.
Cef. Ahora falta
que usted me lo recompense.
Rosm. ¡Hay tal pedir de muchacha!
¡que á pesar de mis consejos
has de ser interesada
siempre! Ah malvado interes.
Por profunda, inmensa y ancha
que sea qualquier laguna,
tal vez se logra llenarla,
pero el deseo del hombre
ni se llena, ni se sacia.
Cef. Vaya, Señor, que teneis
unas ideas extrañas:
¿si se llama interesado
quien busca lo que le falta,
cómo se debe llamar

quien puede dar y lo guarda?
Solo trabajan para otros,
sin que los importe nada,
la aveja, el buey y el carnero;
este criando la lana,
estotro sufriendo el yugo,
y aquella en la miel que labra,
con que tan bruto como ellos
seria el hombre en sustancia,
si trabajando para otros
para sí no aprovechara. *vase.*

Rosm. Oh! como la vil codicia
el mas torpe ingenio aclara
para su mal!

Sale Melania. Qué hay, Rosmiro.

Rosm. Guárdete el Cielo, Melania.

Mel. Espera un poco.

Rosm Mi prisa
á ver á Irene me llama,
que ya me estará esperando
al umbral de la cabaña,
cuidadosa de mi arribo.

Mel. ¿Irene? Si no está en casa.

Rosm. ¿Pues dónde está?

Mel. En el Castillo.

Rosm. ¿En el Castillo? ¿A qué?

Mel. Andaba
buscando su corderito
que se perdió esta mañana,
y sabiendo que el Señor
en su Castillo se hallaba,
subió á pedirle que mande
con castigos y amenazas
que se le vuelvan.

Rosm. ¡Mi hija
en el Castillo! Ay hija incauta.

Mel. Escuchad, no ha ido ella sola,
que mi hermano la acompaña.

Rosm. Sí, que un criado... Yo voy
tambien... ¿Mas qué veo? ¡Ay ansias!
aquel puente...

Mel. Leventado
le habrán porque no se vaya
el ladron.

Rosm. Ay triste padre.

Mel. Ay qué extremos para nada,
qué mas quisiera la tonta,
sino es que no fuesen falsas
las voces que corren.

Rosm. ¿Cómo?
¿qué voces son? ¿de qué tratan?

Mel. Dicen que ha vuelto el Señor,
solo por verla y hablarla.

Rosm. ¿Qué dices?

Mel. ¿Y qué tenemos?
¡Ojalá que yo lograra
tanta fortuna! Ve aquí
una ocasion de casarla
como merece. Yo estuve
sirviendo un año en su casa,
y ojalá me hubiera dicho
alguna vez puches para
responderle arroz.

Rosm. Es cierto
que en Polonia no se extraña
el casamiento de un noble
con una humilde aldeana,
porque aquí la virtud es
de la nobleza la basa;
pero no es ese tirano
de condicion tan humana:
quién sabe si... Ella no vuelve,
y yo muero: lo que tarda.
Aquel cesped demasiado
de la tierra se levanta,
corriendo rápido el rio
entre una y otra montaña,
y es empeño inaccesible
el de lograr libertarla.
¿Mas qué importa? Irene, á precio
de mi vida desdichada
vuelo á defenderte.

Irene en lo alto de la pequeña cerca del Castillo.

Iren. Cielos,
socorredme. Injustas almas,
dexadme huir. ¡No hay piedad
en vuestras duras entrañas!
Dulce inocencia, qué aguardo,
por tí muero, tú me ampara.
Se arroja desde la colina al rio.

Rosm. Cielos, ¿qué veo? ¿qué escucho?
Hija... Pesares... Melania...
Corre, Rosmiro, á morir
con ella, ó á libertarla; (*pieza y cae.*
pero, ay Dios, á un tiempo toda *tro-*
mi

mi vida y mi aliento acaban.
Mel. Gran daño he causado, ahora
remediarle es lo que falta,
y enmendar el yerro que hice.
Pastores, al rio. *vase.*
Voces dent. Al agua.
Otros. Al repecho.
Otros. A la colina.
Rosm. Cielos sagrados, libradla.
Si pudiere andar... En vano
mi enojo al esfuerzo llama.
Ah, que si muere mi hija
no muere de temeraria,
muere víctima gloriosa
del honor; pudo obligarla
á tal esfuerzo la fuerza:
pérfido, no es la que acabas
de mostrar la primer prueba
de tu condicion tirana,
desde tus primeros años
te conozco impío, para
saciar tu ambicion intentas
dar muerte en su tierna infancia
á un hermano, y enemigo
de tu sangre te declaras,
para perseguir despues
á la virtud, que es alhaja
desconocida de tí,
mas llegará el dia en que abra
el Cielo á la comun queja
el dique de las venganzas.
Ay triste Irene, si aun vives
voy, aunque arrastrando vaya,
donde sepa... Mas ¿qué tengo
que saber? Si muere honrada
mi hija, si muere inocente,
pues creyó que la salvara
su resolucion, sin duda
mi llanto su gloria ultraja,
porque no muere á la vida
quien vive para la fama.
Sale Mel. Ven, cobra aliento.
Rosm. ¿Qué ha habido?
Sale Cefisa muy alborotada, y Silvio.
Cef. Señor, ¿sabeis lo que pasa?
Rosm. Sé que ha muerto Irene.
Silv. El viejo
chochea.
Cef. No sabeis nada
segun eso.
Rosm. Decid, no
me tengais suspensa el alma.
Silv. Yo lo diré.
Mel. Calla tú,
que yo he de contarlo.
Cef. Calla tú,
que yo quiero decirlo.
Silv. Adonde hay hombres no hablan
las mugeres.
Cef. Antes sí,
porque estamos graduadas
de bachilleras.
Rosm. Sacadme
por Dios de confusion tanta.
Mel. Dilo tú, Cefisa.
Cef. Ahora
no quiero. Habla tú, Melania.
Rosm. Vamos; ¿vive mi hija?
Cef. Poco
á poco, que me atraganta
el cansancio, y el temor
la respiracion me embarga:
en las orillas del rio
como es costumbre lavaba
yo el corderito de Irene
que se perdió en la montaña,
quando escucho de improviso
que agitado el ayre brama,
como quando desde el monte
una piedra se desgaja,
suena en las quebradas olas
un golpe que me acobarda,
un ardor corre á mi rostro,
un yelo mis miembros pasma:
no vi quien cayó, mas vi
que las ondas se separan,
gimen, se espuman y extienden
sobre la orilla contraria,
y entre sus círculos sube
quien cayó sobre las aguas:
muger la juzgo en el trage,
conozco á Irene en la cara,
pido socorro á los Cielos,
llamo á todos asustada,
no me oyen.
Rosm. ¿Y volvió á undirse

Irene? ¿Qué dudas? Habla.

Cef. Volvió á undirse; pero Ergasto,
que pudo ver su desgracia,
arroja sobre la yerba
el vestido, el rio salta,
de los brazos hace remos,
y rompe las ondas vagas,
coje de un ímpetu á Irene
de sus ropas, afianza,
y despues del brazo izquierdo
hace á su pecho muralla:
corta el agua con el otro,
se acerca á la orilla grata,
aferra un próvido ramo,
fixa en la arena la planta,
y deposita el hermoso
pescado en la húmeda grama;
pero la infeliz no abria
los ojos ni respiraba.

Rosm. ¿Luego no vive?

Cef. Señor,
sí vive, que recobrada
por instantes no tan solo
vive, pero escucha y habla.
Y al atender que su padre
habia vuelto, mostraba
por la sonrisa del labio
la complacencia del alma:
corre, ve á verla, Señor,
verás si mi voz te engaña:
camina por esa senda,
que yo iré por la contraria,
porque no podré sufrir
la pereza de tus plantas,
que estoy de gozo y de susto
confusa y alborozada. *vase.*

Rosm. Por donde... Mira... Ay Ergasto,
mas que me debes me pagas. *vase.*

Mel. Voy á desmentir que he sido
de tanto daño la causa. *vase.*

ACTO SEGUNDO.

Baxan el puente, y salen por él Roberto y Melania.

Rob. ¿Sabes el suceso?

Mel. Sé
que Irene huyó de la quema.

Rob. Sí; mas bien quiso morir
que atender á mis finezas;
se arrojó al rio. No importa;
una muger que es tan necia
merece morir.

Mel. ¿Pues veis?
aun todavia no es muerta.

Rob. No? ¿Pues quién pudo salvarla?

Mel. Su querido Ergasto.

Rob. Espera.
¿Quién es Ergasto?

Mel. Un pastor
que la ama de todas veras.

Rob. ¿É Irene le corresponde
á su amor?

Mel. No que son brevas.

Rob. ¿Y huia de un caballero?
¿Con que un villano atropella
el gusto de su Señor?
¿Su fragilidad emplea
con él, y conmigo finge
pundonor y resistencia?
Ah cautelosas mugeres,
cómo ha de haber quien os crea,
si es el engaño en vosotras
segunda naturaleza.
No os contentais con mentir
siempre que moveis la lengua,
que hasta lo que ven los ojos
es ficcion, arte y cautela.
Fingis los negros cabellos,
fingis las pobladas cejas,
fingis la tez... Y en vosotras
esto es una friolera,
porque palabras, suspiros,
risa, llanto, esquivez, quejas
y enojos, todo en vosotras
es una pura apariencia.

Mel. Poco á poco, que no todas
entramos en esa cuenta;
mas quando fuese verdad
que fingimos la belleza,
los hombres tienen la culpa,
porque nada les contenta.
Y si fingimos la risa,
el gracejo y la terneza,
la culpa tienen los hombres
que apetecen cosas nuevas.

En

En quanto al amor, no es tanto
nuestro artificio y cautela,
y aun si fuesen las mugeres
menos crédulas hubiera
en ellos mayor constancia,
y menor peligro en ellas.
Si ha sido Irene cruel,
yo no extraño que lo sea,
porque son con las mugeres
inútiles las violencias.
Queremos amar por gusto.

Rob. Pues yo quiero amor por fuerza,
porque á mí no ha de quererme
si quiere á Ergasto esa necia.
¿Un rústico ha de burlarme?
Yo humillaré la soberbia
de esa villana, y no siempre
triunfará su resistencia.

Mel. Bien, haced lo que gustareis
como todo eso se entienda
sin contar conmigo.

Rob. ¿Y cómo
en este empeño me dexas?

Mel. No faltará otra que vuestros
encargos tome á su cuenta.

Rob. ¡Qué tonteria! tú harás
no mas que lo que yo quiera.

Mel. Menos la tasa. Y en tanto
que hallais á quien me suceda,
yo renuncio en vuestras manos
los honores de tercera.

Rob. No harás tal.

Sale Gism. Señor.

Rob. ¿Qué traes?

Gism. Corriendo por la dehesa
he hallado un javalí muerto
con una hacha de hacer leña,
de esotra parte del rio.

Rob. ¿Qué dices? ¿Ay quien se atreva
á matar en mis vedados
la caza que se reserva
para mi recreo? Corre,
infórmate de quien sea
el atrevido villano,
y en inquiriéndolo muera,
pero no: yo iré contigo,
y haré que esos viles sepan
de qué modo nuestros fueros
en Polonia se respetan.
Y pues la ley nos permite
sobre esa gente grosera
tanto dominio que la hace
esclava de la nobleza,
ríndase Irene á mi gusto,
llore su amante mis penas,
y el que profanó mis cotos
sienta, sufra, tiemble y muera. *vase.*

Mel. ¡Caramba! ¿Y quiere que yo
tome parte en sus ideas,
para que digan que si él
es malo yo soy perversa?
no: me valdré de otros medios
para que Ergasto me quiera.
Pero aquí vienen Rosmiro
é Irene con la caterva
de los Pastores. Me voy
á meter en danza.

Dent. voc. Vuelva,
en albricias de que Irene
vive, la bulla y la gresca.

Salen los Pastores y Pastoras cantando y baylando, y detras Irene y Rosmiro, que traerá un azadon, y una pequeña caxita.

Cantan. Celebrad, Pastores,
el dichoso dia
en que la inocencia
vence á la malicia.
Y al son del pandero
y las castañuelas
cantando y baylando
por montes y selvas,
repitamos todos
con bulla y con gresca,
muera la malicia,
viva la inocencia.

Rosm. Amigos, yo os agradezco
la festiva atencion vuestra.

Silv. Toma, pues esto no es nada:
despues ha de ser completa
la funcion; porque ahora vamos
á buscar por las dehesas
todos los demas Pastores,
y luego que el caso sepan
hemos de armar tal poleo,
(y mas que es dia de fiesta)

que mos hemos de hacer rajas
á coces y volteretas.
Rosm. Pues id, que importa quedarnos
nosotros.
Silv. Siga la gresca.
Mus. Celebrad, Pastores, &c. *vanse.*
Iren. ¿Dónde vamos, Señor?
Rosm. Vamos
donde mi temor nos lleva.
Iren. ¿Qué temeis si ya estoy libre?
Rosm. Un padre siempre recela.
He conocido á ese injusto
antes que tú.
Iren. Yo quisiera
no haberle visto jamas.
Queria cerrar la puerta,
mas no sé quien revistió
mi pecho de fortaleza
para huir, para librarme,
y para que me atreviera,
estando levado el puente
á cortar las ondas crespas
del rio de donde Ergasto
me sacó, segun me cuentan.
Rosm. Me horroriza la memoria
del caso, mas no se pierda
de vista lo succesivo.
Quien por un delito empieza
se determina á otros muchos
donde no halla resistencia:
si de un tirano dominio
una hija no se reserva
¿cómo tendremos seguras
casas, familias y haciendas?
En nuestra mísera choza
tal secreto hasta hoy se encierra,
que nos haria infelices
si ese impío le supiera,
y así es preciso esconderle,
mientras aquí permanezca,
porque no llegue á sus manos.
Rompe, hija mia, la tierra,
y haz una hondura bastante
á poder guardar en ella
esta caxa.
Ines. Así? *caba.*
Rosm. Bien va,
ten cuidado no te hieras
un pie con el azadon.
Profunda mas, caba apriesa,
hija mia, y no te pares
mientras nadie nos observa.
Déxamela ver: ya basta;
mete ahí la caxita, y echa
tierra encima.
Iren. Ya lo hago.
Rosm. ¡Qué situacion tan funesta
la de quien tiene el rubor
de haber nacido á obediencia
de tal dueño! Aquellos dias,
dignos de memoria eterna,
en que vivia su padre,
y en que su consorte bella
fiaba los mas ocultos
arcanos de mi reserva,
¡dónde se desaparecen!
¿Pero quién duda que vuelvan
á renacer? Mas el fruto
de esta esperanza alhagüeña
no le lograré yo. El tiempo
apresura mi carrera,
y cada instante es un siglo
que me avecina á la huerta.
Iren. Ya está todo, Señor.
Rosm. Bien;
cuidado hija, que no sepa
nadie que hemos escondido
aquí esa caxa. Ve, lleva
el azadon.
Iren. Al instante;
pero....
Rosm. ¿Qué quieres?
Iren. Quisiera
saber lo que hay en la caxa.
Rosm. Anda, Irene, no seas necia.
Iren. ¿Qué desconfias de mí?
Quanto los años se aumentan
en vos mas se disminuye
el cariño.
Rosm. No lo creas,
Iren. Pues bien está, padre mio,
decidme lo que hay en ella.
Rosm. Femenil curiosidad,
que es necesario perderla;
ah, quantas, quantas mugeres
arriesgaron su modestia

por satisfacer el ansia
de saber lo que debieran
ignorar.

Iren. Si : las mugeres
no hay defecto que no tengan,
pero hay hombres que nos ganan
á curiosas y parleras.

Rosm. La ambicion de saber nace
con el hombre, y se acrecienta
con el saber ; ¿pero el hombre
qué es lo que saber desea?
El hombre quando á su arbitrio
todo se humilla y sujeta,
solo procura saber
lo que menos le interesa.
Y así estudia el marinero
en precaver la tormenta,
el villano en conocer
la nube que trae la piedra,
el Químico en hacer oro,
el Indiano en buscar perlas,
y el Astrólogo en medir
los Astros y los Planetas:
veas su estudio : ¿Pero qué hombre
en sí mismo estudia y piensa?
Este libro incluye mucho
que leer, le tiene qualquiera
en sus manos, y á sus ojos;
pero hay pocos que le lean.
Esto es en general. Luego
en la muger es mas necia
el ansia de saber quando
no se ciñe á la prudencia.
Con que, que eres dueña
de tí misma, y quando quieras
inquirir alguna cosa
que á tu noticia reservan
sabe mandar al deseo
que no desee saberla.

Iren. Otra vez lo haré ; pero ahora
es imposible que pueda.

Rosm. Vamos, quiero complacerte
y decirtelo. Aquí es fuerza *ap.*
el engañarla. Mas mira
que otro alguno no lo sepa.
Lo que aquella caxa tiene
es un veneno de acerva
actividad ; el olor solo
matará á qualquiera
que le exâmine.
El difunto Alcion,
quando nuestras tierras
invadieron enemigos,
le preparó con la idea
de emponzoñar quantas aguas
su ameno distrito riegan,
para que así pereciesen
á su horrorosa violencia
el gran número de tropas
que acamparon en las selvas.
Puso el Cielo compasivo
feliz término á esta guerra,
murió Alcion, y porque alguno
sus efectos no padezca
inadvertido, al morir
que la oculte me encomienda;
y así, guárdate, hija mia,
de que el deseo te ofrezca
la idea de abrir la caxa,
pues ya sabes donde queda,
que yo la entierro, porque
si en mi poder la tuviera,
y lo entendiese Roberto,
como un tirano recela
de todos, creeria que yo
para él la tenia dispuesta.
Guarda el secreto, y á Dios.

Iren. Descuidad de que se sepa
por mí : veis si era preciso
que el riesgo me previnierais
de ese veneno; porque
si no alguna vez pudiera
traer á pacer mi cordero
á estas pestilentes yerbas,
y si el pobre animalito,
por desgracia se muriera,
¿yo triste de mí qué haria?
Morirme tambien de pena. *vase.*

Rosm. Ay del arcano que un lustro
casi el silencio conserva:
si ahora yo le descubriese.
Los grandes designios llegan
solamente á madurarse
con el tiempo y la paciencia.

Sale Erg. ¿Rosmiro, puedo abrazarte?

Rosm. Ergasto, sí : ven, consuela

mi pecho. Llegará el dia
en que mi gratitud veas.
¡Mucho te debo! Qué afable
destino, ¿qué fausta estrella
te inspiró salvar á mi hija?

Erg. El acaso me franquea
empeño tan venturoso.
Dexando aquí á Irene bella,
llorando por su cordero
que se le perdió en la selva,
deseoso de encontrarle,
y ansioso de complacerla,
corri la orilla del rio,
paso á la margen opuesta,
é introducido por donde
es mas fragosa la tierra,
veo un cruel javalí
que con injusta fiereza
destrozaba un corderillo;
por el color y las señas
me pareció que seria
el de Irene: llego apriesa,
pero en vano, porque ya
bulto inanimado era;
la compasion y el enojo
en vengarle me interesan,
y sacando de la cinta
el hacha de partir leña,
descargo toda mi furia
sobre la bruta cabeza;
quiero repetir el golpe,
pero veo á Irene bella
caer en la corriente, y toda
mi sangre se heló en las venas.
Dexo la segur, arrojo
el tosco gaban en tierra,
y rompiendo los cristales
pude lograr su defensa.

Rosm. Tu gran corazon admiro,
pero tu riesgo me altera:
sabes que de la otra orilla
de ese rio incurre en pena
capital todo el que mata
ó persigue alguna fiera,
porque para sí Roberto
ese deleite reserva?

Erg. Ya lo sé, Rosmiro, mas
turbó el lance mi prudencia.

Rosm. Sabes que al lícito gusto
del que manda se sujetan
las voluntades de todos
los que le obedecen? Vuela,
recoge el hacha, que acaso
por sus indicios pudieran
descubrir el agresor.

Erg. Sí haré: al punto voy por ella.

Rosm. Ve Ergasto, y no quiera el Cielo,
que porque á Irene le vuelvas
su corderito, peligren
tus horas mas placenteras.
Desde que al cuidado mio
tu buen padre te encomienda
en su tránsito bien sabes
si te he amado con terneza.
Te quiero... aun mas que imaginas;
y si mi muerte debiera
dilatarse, aunque no fuese
mas que dos dias... Dixera
mas, pero el secreto importa.

Erg. Decid, pues mas me atormenta
ese silencio que si
se me declarase adversa
la fortuna... Irene... acaso...
el respeto... la modestia...

Rosm. Ve, no dudes, executa
lo que te mando, y no temas.

Erg. Bien, mas declaradme...

Rosm. El tiempo
descubre quanto cautela
muestra precaucion.

Erg. Y en tanto...

Rosm. En tanto no te detengas,
y recoge la segur
antes que alguno la vea.

Erg. Sí... pero Irene... si me amas...
Quien declararse supiera...

Rosm. Casi el amor que le tengo
pudo ser llave maestra
de un secreto que cinco años
en mi corazon se encierra.

Erg. Mas aquí viene! esperad.

Dent. Past. Vaya de bulla y de fiesta.

Salen todos los Pastores cantando y baylando delante de Irene.

Mus. Celebrad, Pastores &c.

Sa-

Sale Silv. Señor... *apresurado.*
Rosm. ¡Señor! ¿Con quién hablas?
No faltaba á la simpleza
del siglo mas que un Pastor
tal tratamiento admitiera.
Señor significa alguna
superioridad, y en esta
situacion, la igualdad solo
es la felicidad nuestra.
Silv. Todo el que tiene dinero
es Señor, y tú pudieras
serlo, que eres rico, y tienes
vacas, carneros y ovejas,
muchos se llaman Señor,
y no tienen mas cabeza
de ganado que la suya.
Rosm. Di que quieres, y no seas
hablador.
Silv. Digo que un guarda
encontró muerto en la selva
un javalí, y á su lado
una hacha de partir leña,
que se lo contó á Roberto,
qúe Roberto jura y reta
que le han dicho unos Pastores
que Ergasto le dió con ella,
y que para castigarle
le buscan á toda priesa.
Rosm. ¡Infeliz de mí! ¡Qué escucho!
Ergasto, no te detengas;
huye en tanto que el destino
su ayrado influxo modera.
Erg. Donde he de huir que no encuentre
conmigo mi suerte adversa.
Rosm. Vete á la Corte, y encubre
tu atentado oculto en ella.
Iren. ¿Irse Ergasto? ¿Pues por qué?
Cef. Ay, que viene una caterba
de gentes por este lado
con lanzones y escopetas.
Erg. Roberto y sus guardas son
Rosm. Pues para hacer la deshecha,
volved al bayle vosotros,
y vete tú mientras llegan,
Vase Ergasto, y por el lado opuesto salen Roberto y Guardas armados.
Mus. Celebrad Pastores, &c.
Rob. Villanos marchad. *vanse huyendo los Pastores.*
Rosm. Señor,
no se en qué ofenderos pueda
nuestra inocente alegria.
Rob. Yo haré que pronto lo sepas.
¿Donde está Ergasto?
Rosm. Nosotros
no sabemos...
Rob. Por las señas
me parece que tú eres
el padre de Irene bella.
Rosm. Si señor.
Rob. ¿Cómo has podido
conservar entre las selvas
á la inclemencia del tiempo
una cara tan perfecta?
Rosm. En eso ni sus cuidados
ni los mios se interesan.
En conservar su virtud
contra las maxîmas necias
de la edad presente creo
que mas aplauso merezca.
Rob. Yo lo dudo. ¿Qué peligros
puede oponer la rudeza
de un desierto á la virtud?
Rosm. En todas partes se encuentran,
pues la virtud es un vidrio
que al menor soplo...
Dent. voc. A la selva.
Otros. Por aquí va.
Rob. ¿Mas qué es esto?
Rosm. Si le habrán hallado. *quiere irse.*
Rob. Espera,
caduco, ve tú, y procura
saber qué voces son estas. *vas. uno.*
Rosm. Todo está perdido, si ellos
por mi desgracia le encuentran.
Iren. ¿Pero qué es esto, Señor?
Rob. Mostrarte de que manera
en un rústico desden
un poderoso se venga.
Rosm. ¿Y qué á los ojos de un padre
hablais con tanta franqueza?
Rob. ¿Quién eres tú para que
me intimide tu presencia?
Rosm. Un hombre honrado. Esto basta
para inspirarle vergüenza
y rubor á un libertino.
Rob. Mi espada en tu sangre yerta...
Sacan preso á Erg. Gism. y Guardas.
Gism. Señor, traemos á Ergasto

á tus pies.

Rob. Infame, llega:
y si es Irene la causa
de tu culpa, tambien sea
testigo de tu escarmiento.

Erg. ¿Qué delito me condena,
Señor?

Rob. ¿Lo dudas, villano?
¿tú que mis Cotos penetras,
y por un cordero matas
la caza que se reserva
para mí? Atadle á ese tronco. *lo exe-* (*cutan.*

Erg. ¿Irene?

Rob. Tu culpa es esa.
Exâla el último aliento
con las sílabas postreras
de su nombre entre los labios.

Iren. Señor...

Rob. Apartate necia.

Rosm. ¿Cómo, Señor? Dispensadles
á mis canas la licencia
de las voces, bien que á precio
de la verdad no me altera
la muerte ni sus horrores.
¿Así derramar intentas
la sangre de un inocente,
por vengar la de una fiera?
si las leyes de Polonia
algun derecho dispensan
sobre el plebeyo á los nobles,
será, si en aquel se encuentra
delito alguno, mas quando
no le hay, dudo que le tengan,
si en un cordero que es mio
puede un javalí hacer presa,
¿por qué no puedo matar
yo á un javalí en su defensa?
Muere el cordero sin mas
culpa que su poca fuerza,
¿pues por delito no es justo
tambien que el javalí muera?
Ademas, que si la sangre
del bruto se recompensa
con la del hombre, ¿á qué fin
nos grita naturaleza?
Aquel fue un irracional,
que vive y muere á obediencia
del hombre. Este es un vasallo
vuestro; pero en él se ospeda
lo mismo que en vos, una alma
ilustre, noble y eterna.
Ved, Señor, qual es mas digno
de que se ame y se defienda,
un racional, que os parece,
ó un bruto, que os diferencia.
Si fuese aqueste litigio
al tribunal de una fiera,
absolveria á su especie,
mas vos condenais la vuestra.

Rob. Amigo, tus argumentos
me han hecho notable fuerza,
y así atiende á mi disculpa.
Si diez vasallos vendiera,
no equivaldria su precio
al gusto que me deleita
de seguir á un javalí.
Y en fin haré lo que quiera
con vuestras vidas, pues soy
árbitro absoluto de ellas;
y si la razon no vale
convénzate la experiencia.
Dadme ese venablo. Toma,
tómale, ingrata: ¿qué tiemblas?

Iren. ¿Y qué he de hacer yo con esto?

Rob. Para que contento muera,
pues ha de morir Ergasto,
pásale el pecho tú mesma.

Iren. ¿Yo matar á Ergasto?

Rosm. ¡Ah monstruo!

Rob. Vamos.

Iren. ¿Yo manchar la diestra
inocente en sangre humana?
Ay Señor, que la ovejuela
nunca dió muerte al cordero,
ni la tortolilla tierna
quitó la vida á su amado,
antes si él muere llora ella.
Ergasto me dió la vida,
ved si es justa recompensa
que yo le quite la suya.
¡Ay de mí! solo esta idea
me hace temblar... ¿Qué seria,
Cielos, la execucion de ella?
Hierro cruel, yo te arrojo.
Señor, yo venero en esta
imagen la obra del Cielo,
y no puedo deshacerla.

Rob. Has de poder, enemiga:

to-

toma el venablo, y no quieras...

Iren. Señor::

Rob. ¿Qué dices?

Iren. Que no es
posible que te obedezca.

Rob. ¿No? Veamos como puedes
excusarte á mi obediencia:
muera Ergasto á tu rigor,
ó al mio tu padre muera.

Le coge de un brazo y le pone la espada al pecho.

Hiere, ó hiero.

Iren. Tente.

Rosm. ¡Ah impío!

Erg. ¡Ah cruel!

Rob. No te detengas.

Iren. ¡Ay padre! ¡Ay Ergasto! Cielos,
¿qué desventuras son estas?
Morir mi padre, ó morir
Ergasto... Ambas son dos penas
tan iguales, que no sé
distinguir la mayor de ellas.
Mas sí, que mi padre debe
vivir aunque á precio sea
de toda mi sangre... ¿Pero
tú has de morir? ¿Por qué ofensa?
A reservar á mi padre
me inclina naturaleza,
y á ser leal con Ergasto
la gratitud me interesa.

Rob. Si te detienes los dos
morirán; pues porque veas
no soy cruel como juzgas,
de dos vidas que pudiera
quitar, una sola quiero:
mas si á resolver no aciertas,
mira que la de tu anciano
padre ha de ser la primera.
¿Qué estás meditando? Yo
no tengo tanta paciencia.

Iren. Aguarda, Señor, que ya
voy á resolver.

Rob. ¿Qué esperas?

Iren. Ergasto, perdona. Debo
mirar antes por aquella
vida que animó la mia.
¡Pero ay Dios! La mano tiembla.
Ergasto, en fin, ¿yo he de ser
quien tu misma sangre vierta?
¿Yo he de apagar de tus ojos
esas luces alhagüeñas,
y yo he de recompensar
con la muerte tus finezas?
Cómo... Mas mi padre... ¡Ay triste!
Padre mio, ¿una hija vuestra
ha de ver que vuestro pecho
traspasa una mano fiera?
No: primero en sus entrañas
me abra sepulcro la tierra.
Muere Ergasto, y muera Irene,
tú al acero, y yo á la pena.

Rosm Hija, detente, no cortes
en su hermosa primavera
esa tierna flor: mis años
me avecinan á la huesa;
dexa que acaben mis dias,
y viviendo Ergasto, tenga
un protector tu decoro
contra inhumanas violencias.

Rob. Decídase esta disputa.

Erg. Decídala, Irene bella,
mas con una mano enjugue
de un padre lágrimas tiernas,
y con la otra de un amante
el infeliz pecho hiera.

Iren. ¿Y habrá corazon en mí
para eleccion tan horrenda?
Es querer que yo no viva
querer que uno ú otro muera,
y así porque vivais ambos
Irene sola perezca. *va á herirse.*

Rob. Detente, que aun es muy presto:
seria mucha clemencia
dexarte morir primero
que se cumplan mis ideas.
Pero ya que entrambas vidas
igualmente te interesan,
yo te propondré un arbitrio
con que ni uno ni otro mueran.

Iren. ¿Quál es?

Rob. Que me des la mano
de esposa y tu desden venzas.
Y ya ves por ensalzarte
quanto humillo mi grandeza.

Erg. ¡Ah injusto! Mátame, Irene.

Rosm. Desestima su propuesta,
y que su espada me acabe.

Rob. Callad, y determine ella.

Iren. ¿Y debo ahora resolverme?
Rob. En este instante: ¿qué esperas?
Iren. ¿Quién dirigirá mi acierto
en tanto tropel de penas?
Padre...
Rosm. Morir solicito.
Iren. Ergasto...
Erg. Mátame.
Iren. Es fuerza
para hacer lo que decis
tener un pecho de fiera.
Menos daño es para todos
que yo eternamente sienta
la pérdida de un amor
que la de las vidas vuestras.
Señor, si mi mano quieres
ya mi humildad te la entrega.
Rob. Yo la acepto.
Rosm. Hija...
Erg. Inhumana...
Rob. ¿Qué gritais? Irene sea
el árbitro de su gusto.
Quando á un esposo se entrega
no tiene un padre derecho
sobre una hija. Irene bella,
pues elegiste, prevente
á cumplirme tu promesa
mientras voy á practicar
quanto en el caso convenga.
Desatad á ese villano,
y tú, Gismundo, no pierdas
de vista á Irene, que ahora
dexarla aquí libre es fuerza,
porque estos antes de tiempo
no penetren mis ideas,
que despues para llevarla
no faltará estratagema.
Si me burla, ha de morir;
si me creyó, será necia. *vase.*
Gism. Yo la espiaré á distancia,
para que ellos no lo entiendan. *vas.*
Rosm. Piedad me causan entrambos,
y este monstruo me amedrenta;
pero si vivo, yo haré
que el temor se trueque. Cerca
está el instante preciso
de mi venganza y su afrenta. *vase.*
Erg. Si me abandonas, ingrata,
y á otro tu alvedrio entregas...
no me das la vida, que antes
me das la muerte mas fiera.
Iren. De otro modo pensarias
tú si el corazon me vieras.
Erg. ¿Pues qué es lo que determinas?
Iren. Ya lo verás, quando sepas...
Erg. ¿Que?
Iren. Que siempre soy quien te ama,
y con amor no hay violencia.
Erg. ¿Cómo?
Iren. El tiempo te lo diga,
que es quien todo lo revela.
Erg. Mal con tu simplicidad
tu disimulo concuerda.
Iren. La necesidad alumbra
los sentidos á qualquiera.
Erg. ¿Y en fin le has de dar la mano
á ese cruel?
Iren. No lo creas.
Erg. ¿Y serás mia?
Iren. Tampoco.
Erg. ¿No? ¿Pues de quien?
Iren. De mi estrella.
Erg. No te entiendo.
Iren. Eso procuro.
Erg. ¿Por qué causa?
Iren. Porque es fuerza.
Erg. ¿Y tú aseguras que me amas?
Iren. ¿Y tú dudas mi firmeza?
Erg. Sí, que en amor no hay secretos.
Iren. Pero en peligro hay reserva.
Erg. Pues en afan tan dudoso::-
Iren. En tal conflicto::-
Erg. En tal pena::-
Los 2. Quiéreme tú, dueño mio,
y vengan desdichas, vengan.

ACTO TERCERO.

Cefisa y Silvio con un azadon al hombro.

Cef. Es menester que inventemos
alguna cosa esquisita
para celebrar las bodas.
Silv. Yo no creo todavia
que se case con Irene
el señor.
Cef. Ella daria
gracias. ¡Qué tonta es!

Silv. Si á tí
te quisiera no serias
tan desdeñosa.
Cef. Yo no.
Silv. ¿Posible es que me lo digas
en mi cara, quando sabes
que te quiero?
Cef. Eso no implica,
que el querer es una cosa
y es distinto el conseguirla.
Pongo por caso, tú quieres
arrope, vino y cecina,
pero como está encerrado
nunca te da en las encias.
Pues hazte la misma cuenta;
juzga que el amo me estima,
que se casará conmigo
despues, y que estoy metida
en una torre encantada
hasta que la hora precisa
se cumpla, y enjuágate
la boca con agua fria.
Silv. Con que no me quieres.
Cef. Antes
si haces lo que yo te diga
te querré mas.
Silv. ¿Qué he de hacer?
Cef. Anda ve de parte mia
y dí al amo que si Irene
aun se le resiste esquiva
yo me casaré con él.
Silv. Eso es ser alcamonias.
Cef. ¡Ay que majadero que eres!
Quando una persona estima
á otra, el modo de mostrarlo
es facilitar sus dichas.
Querrás que duerma por tí
entre el heno y la inmundicia,
pudiendo dormir rodeada
de adamascadas cortinas?
Quando yo fuese muger
de un caballero tendrias
tú el gustazo de acordarte
que un tiempo fui tu querida.
Silv. Por ahora estamos bien léjos
de que suceda esa dicha.
Lleva á casa este azadon,
que ahora vengo de las viñas,
y me voy al ato.
Cef. Daca. *le toma, y le arroja.*
Silv. Oyes, ¿y por qué le tiras?
Cef. Porque mis manos no deben
tocar ya esas porquerias.
Quando vayas á la Corte
traeme unos guantes.
Silv. De tripas de
calabaza.
Cef. Tú piensas
que lo que te digo es mentira?
Antes de un mes me has de dar,
si Dios quiere, señoria.
Silv. ¿Ay, señoria? Lo creo
como llueven longanizas.
Cef. ¿No ama un caballero á Irene?
¿pues por qué yo no podria
encontrar otro tambien?
Silv. Tiene razon usiria.
Lleve el azadon á casa
si gusta vuestra ilustrísima.
Cef. Llévele él.
Silv. Yo no le llevo,
perdone su señoria.
Cef. Ahí se quedará.
Silv. Muy bien;
y si se pierde por dicha,
usia verá qué palos
que la sacuden á usia. *vase.*
Cef. ¿Palos á mí? Ya pasó
ese tiempo. Es cosa fixa
que no encuentra la ventura
el que no la solicita.
Ahora me voy á poner
la ropa que llevo el dia
de fiesta, y á ver al amo,
que si me ve aseada y limpia,
puede ser que se le olvide
Irene, y á mi me admita.
Sal. Mel. ¿Cefisa, qué estás pensando
aquí tan entretenida?
Cef. Pienso que Irene es muy tonta,
porque Roberto la estima,
y ella no le puede ver.
Vaya... No sé qué haria
por llegar á ser señora.
Mel. ¿Señora tú? Qué borrica.
Cef. ¿Pues qué dificultad tiene?
señoras hay muy prendidas
que no saben la mitad

que yo. Yo sé hacer lexia,
sé amasar, barrer la casa,
sé cuidar de la cocina,
y sé llevar los corderos
por el rio y la campiña.
Mel. Muy buenas son esas prendas
para ser señora. Amiga,
el gustar á un caballero
requiere ciencia distinta,
si fuera yo, tal qual.
Cef. ¿Tú?
Ay que tonta presumida;
¿y tú qué sabes hacer?
¿Quieres que yo te lo diga?
Mirarte en qualquiera arroyo,
recrearte bien de arriba
abaxo, estudiar los pasos
y el talle en la sombra misma.
Escucha: allí hay una fuente,
mirate, que eres bonita.
Mel. ¿Si pudieras tú imitarme,
tonta, qué te faltaria?
Cef. ¿Pues qué me falta, muger,
qué me falta? Dilo aprisa.
Mel. Lo que no tienes. El juicio.
Cef. Oyes, préstame una libra.
Pero no quiero quimeras
contigo, desvanecida:
Voy á ver si encuentro al amo,
y aunque Irene es tan bonita,
puede ser... Qué sé yo. El diablo
hace lo mas. Agur chica. *vase.*
Mel. Anda, majadera.
Sale Erg. Que hube
de encontrar por mi desdicha
con esta muger.
Mel. Ergasto
á Dios, ¿qué no me veias?
Erg. Sí; mas tengo en la cabeza
otras cosas mas precisas.
Pero dime ¿has visto á Irene?
Mel. Irene, sí... ¡pobrecita!
Ya ves lo que te ha querido,
y aun viéndola reducida
á casarse con Roberto
presumirás que te estima.
Erg. No me atormentes, Melania,
Mel. Pero casada y querida
de Roberto, qué pretendes
conseguir de ella?
Erg. La dicha
de amarla.
Mel. ¿En los brazos de otro?
Eso nadie te lo quita,
pero no podrás hablarla
ni verla mas en tu vida.
Erg. Pues suspiraré por ella.
Mel. Y te olvidará en dos dias.
Erg. Déxame por Dios.
Mel. Si quieres
saber lo que es una fina
pasion, busca una Pastora
ma leal, si no tan linda,
que por tu amor....Ya me entiendes.
A Dios pues: hasta la vista. *vanse.*
Sale Iren. ¡Bueno! Con que esa muger
es de mi pena el motivo,
pues es quien me induxo á hablar,
que hasta ahora no te lo he dicho,
á Roberto, ¿y tú con ella
estás tan entretenido?
Yo te digo la verdad,
esto lo siento infinito.
Erg. Si es por rencor tienes causa:
si es por zelos, dueña mio,
dexa para mí esa pena.
¿Por qué antes que á otro cariño
te rindieses, no vertiste
mi sangre en aquel conflicto?
El ser entonces piadosa
fue ser muy cruel conmigo,
quanto es mayor impiedad
perderte y dexarme vivo.
Iren. Aguarda. Si mis sospechas
son zelos, segun has dicho,
las tuyas deben llamarse
ó fantasia ó delirio.
Si yo le entrego mi mano
á un hombre que he aborrecido
por amarte, ¿á él que le vengo
á dar? ¿A tí que te quito?
Pues que importa que otro diga
esta belleza consigo,
si tú puedes decir siempre
aquel corazon es mio.
Erg. ¡Ay Irene! De un amor
tan puro el mundo no es digno,
tu corazon me bastara

si á tí te bastase el mio.
Y porque lo veas, mira:
si Roberto es tu marido,
será mi muger Melania.

Iren. ¿Melania?

Erg. Es igual partido.

Iren. Melania es una traidora.

Erg. Y Roberto es un impío.

Iren. Él me violenta á casarme.

Erg. Yo me violento á mí mismo.

Iren. Mas yo no quiero que seas
de otra.

Erg. Eso es lo que yo digo:
si otro te logra, aunque á mí
se dirija tu cariño,
siempre es perderte, y no puedo
resistir tanto martirio.
Y así juzga, bella Irene,
que admitir dueño distinto,
será dar para mi estrago
dogal, veneno y cuchillo. *vase.*

Iren. Ay Ergasto, que bien dices,
porque yo pienso lo mismo,
mas si me escuso á Roberto,
el riesgo no les evito
á Ergasto y mi anciano padre.
¿Qué he de hacer en tal peligro?
¿Pero qué he de hacer pregunto?
Lo que tengo discurrido,
y á Ergasto decir no quise,
porque no intente impedirlo.
Darme la muerte yo misma
es el remedio que elijo,
pues faltando yo le faltan
al tirano los motivos
del odio contra los dos.
Me arrojaré de aquel risco,
ó en las cándidas espumas
me sepultaré del rio.
Pero no; al pie de aquel arbol
poco ha mi padre ha escondido
en una caxa un veneno
tan penetrante y activo,
que solo su olor da muerte,
y no es tan cruel suplicio
para el miedo natural
como el que habia elegido.
Voy á sacarla, que como
el terreno está movido
podré muy bien con las manos.
Nadie me ve...¿Mas qué miro?
Aquí hay un azadon; esto
es que piadoso el destino
me proporciona los medios. *cabando.*
de que salve el honor mio
con mi muerte. Fuerza es
apresurar mis designios
antes de que alguno venga.
Ve aquí la caxa. Qué tibio
es su peligroso hedor,
pues ni apenas le percibo
quanto mas darme la muerte,
ni perturbarme el sentido.
Quiero abrirla que mas presto.

Sale Rob. ¿Qué haces sola en este sitio,
Irene? Qué caxa es esa?

Iren. Presto lo sabreis.

Rob. No admito
dilaciones. *se la quita.*

Iren. No la abrais,
Señor, temed el peligro.

Rob. ¿Qué peligro? Quita.

Iren. Luego
no digais que no os lo aviso.

Rob. Una joya...Un pliego. ¿A ver?
¿Sagrados Cielos, qué miro? *Apar-*
»Rosmiro, amigo leal, *(tase de Iren.*
»en el postrer parasismo
»de mi vida te descubro
»un arcano peregrino,
»bien que en confusas señales
»antes de ahora le has sabido.
»Ese Pastor que he criado,
»y á tu custodia confio,
»es el hermano menor
»de quien posee el Castillo
»de Grod. Si acaso algun dia
»lo permitiere el destino,
»publica su amarga historia
»que en este trance acredito
»con esa joya, esta carta,
»y un juramento que firmo=Alcion.
¿Puede ser verdad?
¡vive entre estos escondidos
mi hermano Demetrio!

Iren. ¿Cómo
ni él se muere, ni yo espiro?
Puede ser que este veneno

ha-

haya la fuerza perdido.
Rob. ¿Dónde está para que yo haga
verdadero su exterminio?
¿Dónde está tu padre? ¿Dónde
se oculta ese fementido?
Iren. ¿Mi padre, qué culpa tiene?
¿No os avisé del peligro?
Rob. ¿Lo sabe el traidor? En vano
ocultármelo ha querido.
Iren. ¿Pero estais emponzoñado?
Rob. Si, me emponzoñó el indigno.
Por mi corazon se esparce
un veneno tan activo
que hasta el alma me penetra.
Iren. Y yo tadavia vivo;
¿pues cómo es esto?
Rob. Aquí viene. *Sale Rosm.*
Caduco, estos son delitos
tuyos. ¿Dónde está Demetrio?
Rosm. ¡Santo Dios! somos perdidos.
¿Hija, qué has hecho?
Iren. Queria
morir, y no lo consigo.
Rosm. Yo te engañé por prudencia,
tú por error me has vendido.
Rob. A mí, traidor me egañaste;
al mundo engañas, indigno,
esparciendo la exîstencia
falsa de un hermano mio
que ha tantos años que es muerto.
Miente este falaz escrito,
y porque llegue á mis manos
á mentir has inducido
á tu hija. ¿Mas si Demetrio
vive, dónde está escondido?
Rosm. ¿Dónde está? Eso no se sabe
hasta su tiempo preciso.
ya lo sabreis algun dia
que para mí tarda un siglo;
pero la espada del Cielo,
Señor, no apresura el filo
jamas, porque siempre tiene
las víctimas á su arbitrio.
Rob. Dí, dónde está, pues lo sabes.
Rosm. ¿No asegurais que ha mentido
ese pliego que leisteis?
Rob. Miente, sí; pero es preciso
que me digas quanto ignoro;
habla, ó cerrará este filo
eternamente tus labios.
Iren. Señor, tened os suplico.
Rosm Señor, en mi edad la vida
es un afan muy prolijo.
Si me la quitais ahora
moriré fiel á mi digno
Señor, mas no morirá
hoy el secreto conmigo.
Ay quien cuida de Demetrio,
El Cielo ha de descubrirlo,
y sabe quando ha de ser.
Por ahora basta deciros
que se oculta en estos valles,
que es dueño de aquel Castillo,
que yo le guardo ha gran tiempo,
que á la Dieta ha recurrido,
y que el Cielo le defiende
para horror de los impíos.
Rob. Pues bien. El Cielo, la Dieta,
el mundo todo, y Rosmiro,
hablen por Demetrio en tanto
que á eterno silencio fio
tus palabras. Muere.
Iren. ¡Ay Dios!
Señor, ved el llanto mio.
Rob. Ni lágrimas ni piedades
atiendo, busco, ni estimo.
Sale Gism. Señor, gran novedad.
Rob. ¿Qué es?
Gism. Que ha llegado ahora al Castillo
un Ministro de la Dieta,
y os busca con gran sigilo.
Rob. Que venga toda Cacrovia.
Si este fuere un golpe, hijo,
acaso de tus ardides,
no tardará tu castigo. *vase y Gism.*
Iren. ¿Padre, qué dia es aqueste?
Rosm. Es un dia que suspiro,
y quando presente le hallo
no le juzgué tan vecino.
Por apresurar su curso,
no obstante mis años tibios,
fui á Cracovia el otro dia,
donde la Dieta me ha oido.
Allí de nuestro tirano
la malicia he convencido,
y ve aquí de la justicia
el impulso executivo. *vas.*
Iren. Señor, escucha. Ay Ergasto,

ya espiró nuestro peligro,
voy á buscarle y decirle
todo lo que ha sucedido. *vas.*

Salen Cefisa y Silvio.

Cef. Huyamos, Silvio.
Silv. ¿De qué
tiene usia tanto miedo?
Cef. Huyamos que hay en la selva
Soldados.
Silv. ¿Y qué tenemos?
Cef. Ay Silvio mio, que he visto
dós ó tres de tan mal gesto
que me han dexado asustada.
Silv. Borrica, pues no estas viendo
que los Soldados son hombres
como los demas.
Cef. Mostrenco,
¿qué han de ser hombres, si son
Soldados?
Silv. Dexate de eso,
¿y dí, quando nos casamos?
Cef. Hombre, no seas majadero,
que yo pienso en ser Señora,
y tengo razon para ello.
Silv. Calla que aquí viene Irene
con Ergasto.
Cef. Pues callemos,

Salen Ergasto é Irene.

Erg. ¿Pues como mi padre Alcion
me recató este secreto?
Iren. Yo no sé; lo que es seguro
es que del cruel Roberto
ya no seremos vasallos.
Erg. Quien será este Pastor, Cielos,
á quien conservó la vida
mi padre, para ser dueño
de este Castillo.
Iren. Yo juzgo
si acaso será Fileno.
Erg. ¿Por qué sospechas en ese
y en otro no?
Iren. Porque veo
segun Roberto se porta,
que es otro tanto Fileno:
y es cáracter la soberbia
que distingue á un noble necio.
Erg. Irene, los que son nobles
no son iguales en genio.
Muchos aman la virtud,
la sostienen con empeño,
y en hacer felices fundan
toda su grandeza. Luego
si alguno su ilustre sangre
obscurece con sus hechos
es de su índole la culpa;
mas no de su nacimiento.
si yo fuese poderoso
jamas imitaria á estos.
Silv. Si yo lo fuese habia de ir
en coche á guardar los puercos.
Cef. Pues yo habia de comer
en platos de terciopelo.
Iren. ¡Ah! ¿Si Ergasto fuese noble
me amaria? No lo creo.
Erg. ¿Yo dexar de amarte? ¡Yo!
¿ser ingrato á amor tan tierno?
Antes verias, Irene,
verter las fuentes incendios,
nacer en el mar las flores,
volver los rios al centro
de las montañas... Pero estas
son fantasias y sueños
de un amante corazon.
Mas porque permitió el Cielo
que yo no naciese noble,
y rico para poderlo
acreditar con las obras.
Iren. Yo lo dudo, porque aun siendo
no mas que un pobre Pastor
te mudas á qualquier viento;
sino digalo Melania,
pues todavia me acuerdo.
Erg. Eso es bueno para tí,
que por un villano miedo
te ofrecias á un impío
de humana sangre sediento.
Iren. ¿Y juzgas que lo cumpliese,
sin darme muerte primero?
Erg. ¿Y crees que yo con Melania
tuviese tal pensamiento?
Iren. Yo no lo sé; pero sé
que siempre es firme mi pecho.
Erg. Pues si lo es, si todavia
me quieres, haz juramento
de ser mi esposa, que yo
igualmente te lo ofrezco,
siendo testigos de este acto,
Cefisa, Silvio y el Cielo.

Silv. Que es eso de ser testigos.
Erg. Declarar lo que estais viendo.
Cef. ¿Lo que veo declarar?
Y tambien lo que no veo
declararé si es preciso.
Silv. Por hablar no lo dexemos,
que ella hablará mas que doce
suegras y seis gaceteros.
Iren. Yo estoy pronta, y con mi mano
afirmo lo que prometo.
Erg. Yo la recibo de esposa.
Sale Rosmiro.
Rosm. ¿Qué haceis muchachos? ¿Qué es esto?
Silv. Se estan casando, y nosotros
somos los testigos de ello.
Rosm. ¿Casar, como?
Cef. Si señor,
y ambos lo declararemos.
Rosm. Callad.
Erg. Señor...
Iren. Padre mio...
Silv. Y lo han jurado á mas de eso.
Rosm. ¿Qué han jurado?
Silv. Ser marido
y muger.
Cef. No si no huevo.
Iren. Padre, la verdad os dicen.
Rosm. Habeis ofendido al Cielo
porque habeis jurado en vano,
y quando se falta en ello
contra el mismo que los hace
se cumplen los juramentos:
vosotros por justas leyes
habeis de faltar al vuestro,
pues el Cielo no permite
que llegue á debido efecto
ni os querrá sufrir perjuros.
Iren. No señor, lo cumpliremos.
Rosm. No puede ser, hija, escucha:
el tierno y verde renuevo
se doblega facilmente
donde el agricultor diestro
gusta de guiar sus ramas.
Los hijos á igual exemplo
deben doblar sus cervices
adonde el padre discreto
gusta de enlazar sus bodas;
siendo esto así, yo no debo
permitir que vuestro enlace
se efectúe, ni yo creo
que á mi razon y mi gusto
os atrevais á oponeros.
Iren. Pues, padre, ¿por qué motivo?
Juzgad que hasta este momento
ha sido igual nuestra suerte.
Pensad que como hijo vuestro
le habeis conmigo educado,
que no es de bronce mi pecho;
y que en el sin saber como,
se ha ido el amor encendiendo.
Erg. ¡Ah Rosmiro! si á su llanto
añaden fuerza mis ruegos,
permite que nuestros votos
se cumplan.
Rosm. Son indiscretos,
y no debo permitirlos;
no es un capricho ligero
quien me obliga á disgustaros,
sino un proceder modesto.
Yo me opongo á que te cases
con Irene; pero quiero
que te ame siempre, y así
como te ha de amar la enseño.
Dadme la mano á besar.
Erg. Señor... ¿Qué viene á ser esto?
Iren. ¿A Ergasto, Señor?...
Rosm. Ergasto
ya no exîste: este es Demetrio,
y en él le beso la mano
á mi legítimo dueño.
Erg. Pues cómo puede...
Rosm. Escuchadme.
Hermano sois de Roberto,
y el Palatino de Grod,
por padre os concedió el Cielo
á entrambos; pero siendo hijo
de segundo casamiento
vos, vuestra madre al morir
os constituyó heredero
de este Castillo y Aldeas:
vuestro hermano, viendoos tierno
infante, quiso usurparos
este material derecho:
el Vistula presuroso
tanto creció en aquel tiempo,
que al impetu de las olas
por señal de su trofeo,
entre destrozados troncos

llevó edificios deshechos
de aqueste Castillo, adonde
acuden quantos pudieron:
una torre se desprende
falseado el duro cimiento,
por cuya causa se dixo
(si bien pocos lo creyeron)
que vos en la misma cuna
os dió el rio monumento.
Esto fue lo que intentaba
el inhumano Roberto;
mas fiandose de Alcion
le malogró los deseos,
ó se apartó de su vista,
y en inocente destierro
os crió como hijo suyo
sin declarar el secreto
por temor de vuestro hermano,
y al dar el último aliento
me hizo por nuestra amistad
partícipe del suceso.
Yo habiendo adquirido ahora
un protector que venero,
partí á Cracovia, y la Dieta
entendió vuestros derechos.
Ahora los Cielos os hagan
semejante al padre vuestro,
y distinto de un hermano
cruel, altivo y sangriento.

Erg. Si hará; ¿pero fiel Rosmiro
es lo que me dices cierto?

Iren. Señor...

Cef. Lo oyes, Silvio.

Silv. Vaya,
que está divertido el cuento.

Erg. ¿Qué gente es esta?

Iren. ¡Ay Ergasto!
Padre, huyamos de aquí presto.

Rosm. No temas.

Baxan por el Castillo Roberto, Conrado, Oficial Polaco, y Soldados.

Conr. Anciano, si eres
Rosmiro á buscarte vengo.

Rosm. Rosmiro soy, ¿qué mandais?

Conr. Dime, dónde está Demetrio,
que á tí me envia la Corte,
y á su justicia atendiendo
le llama á la posesion
de este Señorío: luego
di pon que venga á mi vista.

Rosm. Presente le teneis. Vedlo.

Rob. ¿Quién? ¿mi hermano ese traidor?
¿Y que no le hubiera muerto?
Ve ahí el arte, ve ahí la astucia
de ese infame y sagaz viejo
que pretende ennoblecer
por sanguinarios medios
al amante de su hija.
¿Pero cómo me refreno
que su vida no aniquilo,
y su vil sangre no bebo?

Conr. Despacio, Señor. Debeis
tener á esta orden respeto,
le enseña un papel que él lee.
y yo la debo cumplir.
Sin la joya, sin el pliego
que en vuestro poder he visto
no hay duda de que Demetrio
es este. Tiene la Corte
evidente prueba de ello:
este Señorío es suyo
por maternal privilegio.
La Dieta os habla por mí,
dexadle en paz os prevengo,
y venid ahora conmigo
donde manda su decreto,
si no quereis obligarnos
á desnudar el acero.

Rob. Tiemble de furor.

Rosm. El gozo
me transporta.

Erg. ¡Santos Cielos!
¿es realidad?

Iren. Quanto ahora
de que no fuese veneno
lo que la caxa tenia
interiormente me alegro
por vivir, y ver á Ergasto
en estado tan diverso.

Erg. Doy á los Cielos las gracias
por tan admirable trueco.
Y tú, hermano, nada pierdes
mientras que yo lo grangeo.
Dame los brazos.

Rob. Aparta,
rudo villano grosero,
tu amistad no la procuro,
tu enemistad no la temo,
ni nada puede obligarme
á creer este parentesco.

Erg. Perdono tu ingratitud,
y tu arrogancia desprecio.
Ven á mis brazos, Rosmiro,
por tí hoy renazco, tu zelo
premiaré; pero qualquiera
recompensa será precio
muy escaso á tus lealtades.
Dime tú, ¿qué es lo que puedo
hacer porque iguales queden
tu fé y mi agradecimiento?
Rob. Debes casarte con su hija.
No se contentará con menos
recompensa ese caduco:
bien lo dice su silencio.
Rosm. Mi silencio os ha engañado,
no porque si al nacimiento
se atiende deba humillarme
á juzgar no merecerlo.
Serví á vuestro padre quando
erais vos infante tierno:
Desengaños, no delitos
ni necesidades fueron
lo que á vivir me obligaron
en este inculto desierto,
mas si en mis maduros años
satisfice mis deseos
con mi situacion presente
en mis instantes postreros:
poco adularán mi idea
riquezas, honras ni ascensos.
Demetrio encontrará esposa
digna de su casamiento,
y yo seré muy dichoso
si antes de mi muerte veo
dulce fruto de su enlace
un legítimo heredero,
que imite á su padre, y que
no desdiga de su abuelo.
Erg. Pues para imitarme á mí,
ha de ser, Rosmiro, siendo
tu hija su madre. Mi mano,
amada Irene, te entrego.
Llega, dulce esposa mia.
Iren. Yo llegaré... pero tiemblo...
El bello nombre de esposa,
tan amable en otro tiempo,
me parece ahora distinto
quanto á tí te hallo diverso.
Yo no sé qué conmocion
agita mi debil pecho,
que no sé determinar
si es amor ó si es respeto.
En fin, padre, en tan dudoso
é intransitable sendero
vuestro gusto me dirija.
¿Qué haré?
Rosm. Obedecer al Cielo.
Dale á Demetrio la mano.
Iren. Su voluntad reverencio.
Rob. Esto solo me faltaba.
Erg. Con el corazon la acepto.
Rosm. ¡Feliz padre!
Los. 2. ¡Feliz dia!
Rob. ¡Burlados mis pensamientos
é Irene en los brazos de otro!
¡Ah! máteme mi despecho.
Cef. Si teneis gana de ser
marido, tambien la tengo
yo de ser muger, echar
acá la mano, y al cuento.
Rob. Aparta, ó te haré pedazos.
Sale Mel. Con que se casa en efecto
Irene con vos.
Rob. Villanas,
¿os burlais de mi tormento?
todos me ofendeis, á todos
os abomino y detesto. *vase y Conr.*
Mel. Con que se ha casado Irene
con Ergasto, que es Demetrio:
pues yo á entrambos pido humilde
que perdoneis mis excesos.
Iren. Ven á mis brazos.
Rosm. Ahora
en evacuando Roberto
el Castillo, tomareis
la posesion suya, y luego
ireis á la Corte donde
legitimareis el derecho:
y dando por sus piedades
rendidas gracias al Cielo,
pidamos al auditorio
el perdon de nuestros yerros.

Se hallará en la Libreria de Castillo, frente S. Felipe el Real; en la de Cerro calle de Cedaceros; en su Puesto, calle de Alcalá; y en el del Diario, frente de Santo Tomas.